

Quinario al Santísimo Cristo de la Buena Muerte

Sevilla, 2019

Oración

“Cristo Jesús (...) siendo por naturaleza Dios (...) se rebajó voluntariamente (...) se hizo obediente hasta la muerte (...) y una muerte de cruz” (Flp 2:5-9). Contemplamos sobrecogidos el abajamiento de Dios, su entrega total, y dudamos de nuestra capacidad para imitarlo. Por eso, te pedimos que podamos abrirnos a la gracia y aún en los momentos en los que no sepamos cómo rezar, tengamos la certeza de que el Espíritu Santo ora en nosotros¹.

Emprendamos este camino de oración confiando en que la gracia del Espíritu tome el control de nuestra vida, como dice el salmo: “Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los albañiles” (Sal 127,1)

En esta cuaresma nos llega el eco de dos preguntas: la que Dios hizo a Adán en el jardín del Edén: “Adán, ¿dónde estás?” (Gn 2:9); y la que los discípulos hacen a Jesús en Betania: ¿dónde habitas? (Jn 1:37) Muchas veces no sabemos dónde nos encontramos ni sabemos a dónde nos dirigimos. La respuesta nos la da Jesús: “Venid y lo veréis” (Jn 1:39), como invitación a seguirle, y ponernos en camino con confianza.

-Venimos ante ti, Cristo de la Buena Muerte, para presentarte nuestra oración con humildad, una oración que nos ayude a transformarnos: desde el ruido al silencio, del temor a la confianza y del desasosiego a la paz.

Pasar del ruido interior al silencio, encontrando la quietud de Tu presencia en medio de nuestros ruidos cotidianos, siguiendo tu ejemplo: “Muy de madrugada se retiró a orar” (Mc 1:35). “Muy de madrugada” nos quiere decir orar antes de cada acción que emprendamos, para ver las cosas desde la profundidad del corazón, allí donde tú, Señor, nos hablas.

Pasar del temor a la confianza, tomando conciencia de que no procedemos del capricho de la nada, del azar, sino de la Fuente indecible de amor, permanente y continua que eres tú Señor. Frente a las tempestades de la vida, que confiemos en Ti (Mt 8:23-27) y ante nuestras debilidades y caídas sepamos que tú, Cristo, nos ofreces el perdón que lo excusa todo, lo aguanta todo, lo soporta todo, lo espera todo (1 Cor 13:7).

Pasar del desasosiego a la paz, como tú, Jesús, en el huerto de Getsemaní, “si es posible, que se aleje de mí este cáliz” (Mc 14:39) Muchas veces nos planteamos la misma pregunta ¿tengo que ser yo? ¿por qué a mí? Que podamos actuar como tú, Jesús, que respondes con tu entrega confiada a la voluntad de Dios², y nos enseñas el camino del descanso en el Señor.

En la imagen del Cristo de la Buena Muerte, el acontecimiento del Viernes Santo está inmerso en una transfigurada y transfiguradora belleza que nos llena de una esperanza que no se extingue ni en la noche más oscura. Se nos transmite la serenidad de la fe en la certeza de la resurrección.

Dirigimos la mirada hacia ti, Cristo de la Buena Muerte. Contemplamos tu cuerpo³ como una oración.

¹ “Del mismo modo, y puesto que nuestra confianza en Dios es débil, el Espíritu Santo nos ayuda. Porque no sabemos cómo debemos orar a Dios, pero el Espíritu mismo ruega por nosotros, y lo hace de modo tan especial que no hay palabras para expresarlo” (Romanos 8:26)

² “Sin embargo, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú” (Mc 14:39)

³ “Y por sus llagas fuimos nosotros curados” (Is 53:5)

-Tus pies, ahora clavados en la cruz, caminaron a la orilla del mar de Galilea⁴ junto a los apóstoles, fueron ungidos con perfume por la pecadora en casa del fariseo⁵ y por María en Betania⁶, caminaron sobre las aguas⁷, recorrieron el desierto⁸ y el templo⁹, caminaron por tierras extrañas de Egipto¹⁰ y subieron al Gólgota¹¹.

Señor, queremos postrarnos ante tus pies, pero has sido tú quien se ha postrado primero ante nosotros¹².

-Tus manos, ahora atravesadas por clavos, partieron el pan en el cenáculo¹³ y ante los discípulos de Emaús¹⁴, también curaron¹⁵, bendijeron¹⁶ y sostuvieron¹⁷ a tantas personas.

Señor, llévanos de tu mano, condúcenos por el sendero del compartir, ayudar y perdonar.

-Tu rostro, ahora lacerado y golpeado, que resplandeció de luz en el monte Tabor¹⁸, que miró con compasión a los discípulos¹⁹, a las personas que se te acercaban²⁰ y a tu Madre y a Juan a los pies de la cruz²¹.

Señor, que reconozcamos en ti “la imagen visible del Dios invisible” (Col 1:15), que vislumbremos a Dios²² y a lo que estamos llamados a ser: plenitud de receptividad y donación.

⁴ “Mientras caminaba junto al mar de Galilea, Jesús vio a dos hermanos: uno era Simón, llamado Pedro, y el otro, Andrés. Estaban echando la red al lago, pues eran pescadores.” (Mt 4:18)

⁵ “y los ungió con el perfume” (Lc 7:37-47)

⁶ “y ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos” (Jn 12:1-3)

⁷ “Los discípulos, al verlo caminar sobre el agua, creyeron que era un fantasma y se pusieron a gritar” (Mc 6:49)

⁸ “Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto” (Mt 4:1)

⁹ “Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles” (Lc 2:46)

¹⁰ “Entonces José se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto” (Mt 2:14)

¹¹ “Tomaron, pues, a Jesús, y El salió cargando su cruz al *sitio* llamado el Lugar de la Calavera, que en hebreo se dice Gólgota” (Jn 19:17)

¹² “Se puso a lavarles los pies” (Jn 13:5)

¹³ “Mientras comían, Jesús tomó en sus manos el pan y, habiendo dado gracias a Dios, lo partió y se lo dio a los discípulos, diciendo: Tomad y comed, esto es mi cuerpo.” (Mt 26:26)

¹⁴ “Cuando ya estaban sentados a la mesa, tomó en sus manos el pan, y habiendo dado gracias a Dios, lo partió y se lo dio. En ese momento se les abrieron los ojos y reconocieron a Jesús; pero él desapareció.” (Lc 24:30-31)

¹⁵ “le rogaba mucho: Mi hijita está a punto de morir. Te pido que vengas y coloques tu mano sobre ella para que se mejore y siga con vida.” (Mc 5:23)

“Entonces Jesús volvió a poner sus manos en los ojos del ciego. Luego el hombre abrió bien los ojos y pudo ver todo con claridad. Había recobrado la vista.” (Mc 8:25)

¹⁶ “Luego Jesús los llevó fuera de la ciudad, hasta Betania, y alzando las manos los bendijo” (Lc 24:50)

¹⁷ “Al momento, Jesús lo tomó de la mano y le dijo: ¡Qué poca fe tienes! ¿Por qué dudaste?” (Mt 14:31)

¹⁸ “Allí, delante de ellos, cambió la apariencia de Jesús. Su cara brillaba como el sol, y su ropa se volvió blanca como la luz.” (Mt 17:2)

¹⁹ “Jesús, fijando en ellos la mirada, les dijo: Para los hombres, eso es imposible; más para Dios todo es posible” (Mt 19:26)

²⁰ “Al verla, el Señor tuvo compasión de ella y le dijo: No llores” (Lc 7:13)

²¹ “Cuando Jesús vio a su madre, y a su lado al discípulo a quien él amaba, dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquel momento ese discípulo la recibió en su casa.” (Jn 19:26-27)

²² “Mientras Pedro estaba hablando, una nube luminosa se posó sobre ellos, y de la nube salió una voz, que dijo: «Éste es mi Hijo amado, a quien he elegido: escuchadlo.»” (Mt 17:5)

Santísimo Cristo de la Buena Muerte, te pedimos:

Que seamos conscientes de todo lo bueno que nos viene de Dios y que recordemos que existe una presencia real de Jesús en los más insignificantes, en los últimos, que son aquellos en quienes Dios quiere que lo encontremos.

Que lleguemos a conocer que el amor de Dios excede todo conocimiento y seamos colmados de toda la plenitud de Dios. (Ef 3:19)

Que sepamos imitar a Jesús, que se acercaba a las personas sin temer ser salpicado por sus incoherencias y angustias, sino que escuchaba sin cansarse ni juzgar.

Que al igual que el centurión romano reconoce el destello de lo divino (Mt 27:54), seamos nosotros capaces de reconocer a Cristo y de confesarlo.

Que nuestra oración nos involucre y nos saque de la comodidad de espectadores satisfechos.

Oración final

Que el Señor de la Buena Muerte nos muestre su rostro y nos conceda la paz (Num 6:24-26) y que la Virgen de la Angustia nos ayude a mantenernos gozosos en la esperanza, fuertes en la tribulación y constantes en la oración (Romanos 12:12).

Amen